



“Todos los tiranos se abrazan como hermanos”, dice una canción inolvidable de **Ana Belén** y **Víctor Manuel**. En nuestro tiempo, cuando la primera democracia moderna —la estadounidense— está asediada desde dentro por un aspirante a tirano, llama la atención que su presidente repudie a quienes han sido por muchas décadas los aliados naturales de Estados Unidos —la OTAN y la UE— y muestre simpatía o condescendencia hacia autócratas o aspirantes a serlo, y a menudo dice de ellos que son personas excelentes. **Donald Trump** ha tenido fricciones abiertas con el presidente de Francia y el primer ministro de Canadá, y no oculta su desprecio a las democracias europeas; al mismo tiempo, en su primer periodo presidencial tuvo muchas expresiones de admiración y simpatía por **Putín** y **Xi Jinping**, y visitó al jefe del peor régimen totalitario de nuestro tiempo, **Kim Jong-un**; ahora, obsequia elogios a algunos autócratas o extremistas hispanoamericanos.

Llama la atención, pero no debería sorprendernos. En la historia no son pocos los episodios de admiración mutua y a veces alianza entre gobernantes de ideologías opuestas que parecían irreconciliables. En el siglo V a. c. Esparta pactó con su enemigo tradicional, el imperio persa, para combatir a los atenienses. En el siglo XVI de nuestra era, el rey **Francisco I** de Francia se alió con el imperio Otomano, de religión musulmana, pacto que fue juzgado por muchos como una traición a la cristiandad. En la década de 1930 no había en el mundo rivalidad y odio más intensos que el que se declaraban mutuamente **Stalin** y **Hitler**. Sin embargo, en agosto de 1939 sus gobiernos firmaron un pacto de no agresión que incluyó la invasión conjunta de Polonia y el reparto de su territorio. También es conocida la simpatía que **Juan Domingo Perón** —considerado a sí mismo redentor de la clase trabajadora— le dispensaba disimuladamente a **Hitler**; después de la guerra muchos oficiales nazis hallaron refugio en la Argentina peronista.

No sé si muchos lo sepan, pero **Fidel Castro** y **Francisco Franco** se entendían bastante bien, aunque discretamente. De hecho, tenían muchas cosas en común. Profesaban ideologías opuestas, pero ambos defendieron la suya con devoción y rigidez hasta su última hora, a despecho de todas las lecciones y exigencias de la realidad. Se guiaban, cada uno a su modo, por una mentalidad religiosa, que no admite dudas ni herejías ni siquiera disidencias. **Franco** se erigió orgullosamente como el último baluarte del catolicismo

tradicional y de la Contrarreforma, a prueba del liberalismo y del aggiornamento del Concilio Vaticano II. **Castro** también libró sus batallas de la Contrarreforma comunista, cuando resistió la oleada de la Perestroika y prohibió en Cuba la circulación de las publicaciones soviéticas del periodo de **Gorbachov**. **Franco** y **Castro** se aferraron al poder hasta su muerte. Cuando la edad les hizo estragos, delegaron funciones en sus testaferros —**Franco** en **Carlos Arias Navarro** y **Castro** en su hermano **Raúl**—, pero nunca dejaron de vigilarlos y limitarlos. **Franco** fue un tirano, sin duda, y no hay historia que lo pueda absolver. Pero no puede negarse que bajo su conducción España se modernizó, la economía se industrializó, la sociedad se educó y, a pesar de los propósitos del caudillo, se preparó para la democracia. La transición democrática española fue ejemplar para el mundo entero. **Fidel** fue otro tirano. Profetizó su absolución por la historia, pero en realidad fue el tirano **Batista** quien lo indultó en 1955, dos años después del fracasado asalto al cuartel **Moncada**. Habrá que ver si la educación comunista de la que tanto se ufana el régimen de los **Castro** ha preparado a los cubanos para la democracia.

Hoy parece que el fin de la dictadura cubana está muy cercano. Su economía está en ruinas desde hace décadas a causa de su propio sistema, que asfixia la productividad y todo intento de innovación, además de impedir por completo las libertades políticas. El embargo comercial (que no bloqueo) que EU le impuso a Cuba desde 1962, fue siempre sólo un agravante para un régimen económico que jamás ha funcionado. Únicamente, los subsidios soviéticos la mantuvieron a flote por 30 años, pero su ineficiencia estructural nunca se corrigió. Ahora se prepara la rendición definitiva del castrismo, pero al estilo de **Trump**. Cambiará el régimen económico para encaminarlo al capitalismo y la dependencia de EU, pero no necesariamente se transitará a la democracia. El ejemplo de Venezuela es elocuente. La “presidenta encargada” fue y sigue siendo una cómplice de la dictadura chavista, pero eso a **Trump** parece importarle poco. En sus objetivos, la democracia ocupa un lugar secundario o cuaternario. **Trump** quiere en Venezuela una marioneta que sirva a los intereses económicos y geopolíticos de EU. Ya la tiene y está dispuesto a abrazarla y elogiarla. Es muy probable que busque para Cuba una solución semejante. No faltará en la dinastía o la burocracia castrista el títere idóneo para los objetivos de **Trump**.

Fidel Castro y Francisco Franco se entendían bastante bien, aunque discretamente.